

Umberto Eco y la escritura al desnudo

*“Hay dos clases de poetas:
los buenos, que queman sus poemas a los dieciocho años,
y los malos, que siguen escribiendo poesía mientras viven”.*

Umberto Eco

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

En los últimos tiempos, los fenómenos de la palabra y la escritura han venido tomando un impulso importante como materia de estudio. Y no se trata simplemente de la revisión sobre las razones que fundamentan la escritura, es decir, sobre las áreas o disciplinas que universalmente han hecho que los textos aparezcan como puente de contacto entre los hombres y las épocas, sino de la indagación sobre el hecho mismo de la palabra y lo que ella representa como base para la comunicación de ideas y la elevación de mundos que se consolidan a través de la imaginación.

El asunto, por supuesto, no se puede decir que sea, a ciencia cierta, nuevo, pues desde el surgimiento mismo de la filosofía, en la Grecia del mágico siglo V antes de Cristo, las preguntas que suscita la exploración del lenguaje han tenido gran importancia. Lo que aquí quiero resaltar, para comenzar, es que todo ello ha cobrado un nuevo interés y

que, desde finales del siglo XIX de nuestra era, la ampliación de este horizonte reflexivo ha brindado una nueva forma de especialización dentro de lo que se ha conocido históricamente como el mundo de las humanidades.

Partiendo desde la misma filosofía y los ineludibles manejos que a ella brindaron Aristóteles y Platón, la extensión de los campos de reflexión sobre el lenguaje comenzó a verse registrada en disciplinas y áreas novedosas que involucraron todos los giros y revoluciones de la historia reciente del pensamiento. Aunque se trata de materias afines, lo cierto es que cada vez se van haciendo más y más detalladas en sus sutilezas y diferenciaciones.

Para explicar este curioso caso me valdré de una analogía. Puede pensarse que todo lo que tiene que ver con el lenguaje hace parte de un mismo equipo: todos los jugadores apuntan a un mismo objetivo como lo es la comprensión de las agudezas y misterios de la comunicación humana. No obstante, cada jugador tiene su personalidad, sus posiciones, sus intereses personales, sus niveles de talento y sus propios defectos. Por ello, puede decirse que no todos los que están participando hacen lo mismo o que todos

¹ Licenciado en Filosofía y Letras. Escritor. Profesor del Departamento de Humanidades adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales. lufevata@hotmail.com

sean, por ejemplo, lingüistas. En este equipo unos son filósofos del lenguaje —y de estos cada uno con sus peculiares espectros de fundamentación, estudios, influencias y detracciones—; otros son eminentemente filólogos, explorando, reconociendo y rescatando lo que las lenguas de todo el mundo y de la historia han querido dejarnos; los hay también semiólogos, que indagan por los signos y todas sus generalidades y particularidades en el mundo de la interacción humana; también han aparecido neurólogos, psicólogos, historiadores, antropólogos, teóricos de la literatura, comunicadores, y otros más, que han llegado para ampliar el escenario de juego y para darle su propio toque a las reflexiones que fomentan tan escabrosos asuntos.

Así es como se puede notar que el abanico de propuestas acerca de la comprensión del lenguaje sea a veces tan complejo e ininteligible para los que apenas se van acercando a él. No es sencillo ofrecer un libro, por ejemplo, sobre semiótica, si no hay de por medio una fundamentación o, por lo menos, un ligero acompañamiento que brinde solidaridad para atravesar estos pedregosos caminos. La filosofía que se hace hoy en día en muchas universidades tiene el perfil que trazó Ludwig Wittgenstein acerca de los problemas en el *Tractatus Logico-Philosophicus*: solo en la medida en que se reconozca que hay que comprender la forma en que funciona el lenguaje se puede entender que no ha habido problemas filosóficos reales sino puras cuestiones de palabras.

Eco entre nosotros

El reciente fallecimiento del erudito italiano Umberto Eco (Alessandria, 5 de enero de 1932 - Milán, 19 de febrero de 2016) ha traído a colación un elemento fundamental para la interacción con

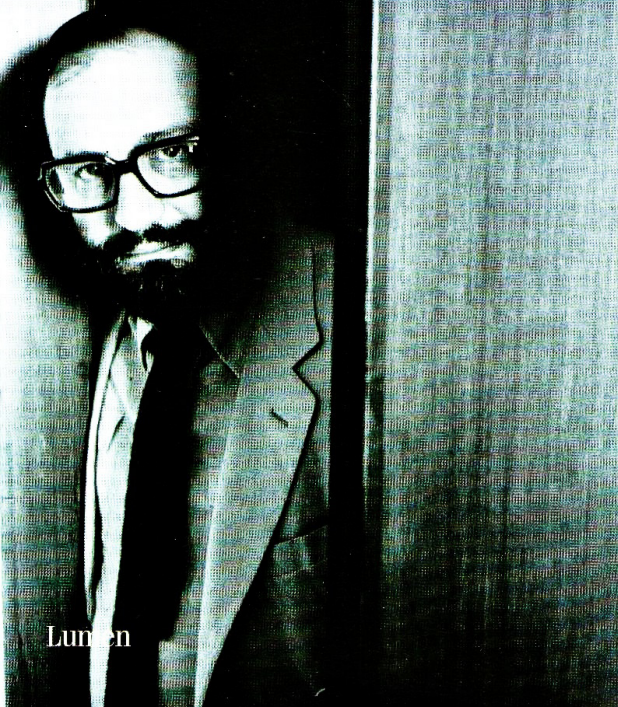
estos asuntos de sustancia tan filosófica. A veces ocurre que tras la muerte de un gran hombre, en cualquiera de los puntos bajo los cuales puede hacerse magno, surge un interés adicional por su obra y por el reconocimiento de sus fuerzas. Y una de las fortalezas del italiano ha sido, precisamente, hacer pasar lo complejo por una aventura, por el esclarecimiento que se puede brindar gracias a una medida dosis de talento narrativo y, hay que decirlo, de una actitud pedagógica atravesada por el buen humor.

Los libros de Eco han tenido una verdadera afinidad con el oficio de quien narra. En ellos se puede advertir que el hecho de decir algo ha buscado un *cómo decir* que se ejecuta en la satisfacción de contar una historia, echar un cuento, como se dice popularmente.

Este proceso se puede advertir fácilmente, incluso, cuando restando importancia a muchas más de sus facetas como académico, algunos portales de noticias hablaron de la muerte Eco como de la muerte de un “novelista italiano”. Lo que se puede decir, para atenuar el minimalismo, es que Umberto Eco ha sido un novelista de la experiencia del lenguaje.

En los últimos años, he recorrido los caminos de la narración junto a algunos estudiantes de la Universidad de Manizales, generalmente del Programa de Comunicación Social y Periodismo. La búsqueda de un estilo, el perfil de una historia, la resonancia de un tema atravesado por las condiciones de la creación de personajes y tramas han sido asuntos que cruzan cada una de las sesiones de este semillero que lleva por nombre *ProLetrarios*. También, por supuesto, está el empeño por la comprensión de las palabras y sus imaginarios, esos vericuetos en los que ellas pueden verse inmersas una vez traspasan las fronteras

UMBERTO ECO CONFESIONES DE UN JOVEN NOVELISTA



...escritura al desnudo

allí donde se cree que debe abundar la seriedad y el ceño agrio.

El nombre de la rosa (1980), la gran novela que llevó a la fama “como novelista” al erudito Eco, es un ejercicio de creación que nos sirve para interpretar las conexiones que pueden tener los ásperos pabellones del concepto (y la lingüística, la filología, la semiótica, la filosofía del lenguaje y todos los demás miembros del cuerpo oficial de intérpretes de los problemas del discurso y su comprensión) con las tramas literarias y sus fascinantes desarrollos. Eso es lo que buscaba Eco siempre. Eso es lo que se busca en un semillero de creación literaria.

En *Confesiones de un joven novelista* (2011), Eco nos representa ese cuestionamiento que lo llevaba a plantearse a sí mismo como escritor: “Nunca he entendido por qué a Homero se le considera un escritor creativo y a Platón no. ¿Por qué un mal poeta es un escritor creativo y un buen ensayista científico no lo es?”. En esta dimensión, la sustancia misma bajo la cual se hace que los discursos cobren vida no es precisamente la de sus asuntos —que por lo alto o por lo bajo siempre serán una estimada predilección de autores, épocas, corrientes—, sino de la de sus transparencias. ¿Qué dejan ver las palabras?, ¿qué nos transmiten?, ¿a qué juegan?

De sobra sabemos que no todas las manos están hechas para los mismos oficios, pero todo aquel que desee plantearse como escritor, llámese, narrador, poeta, académico, divulgador, periodista, cronista o filósofo, debe a la vez plantearse un cuestionamiento fundamental acerca de la comprensión misma que tiene de las palabras que usa y cómo va a usarlas.

No hay que llamarse a engaño con ello. Son muchas las publicaciones en las que la mala escritura ha resultado ser una

y van girando hacia sus usos, a veces tan distintos de los deberes y normas que se les disponen. Cuando se gana comprensión de todo ello la que gana es la comunicación, la interacción humana matizada por textos y discursos que, sin importar el asunto por tratar, muestran que pueden hacerse cómplices de la comprensión, no sombras.

Con la muerte de Eco surge momentáneamente una pasión por recobrar ese espíritu jovial que involucra enfrentar la oscuridad por medio de una serie de lámparas que sosieguen y orienten a quien visita los sótanos en los que moran las disquisiciones sobre la lengua, el estilo, la palabra y sus enigmas. Es por ello que los ejercicios de creación buscan ser espacios para la diversión

norma de estilo. Como se publica sin parar, y se ha convertido todo ello en una plataforma para que se concedan cientos de títulos en los supermercados de la academia contemporánea, entonces ello ha llevado a que la preocupación por el *cómo decir* pase a ser un asunto menor. En esa réplica ha sido muy elocuente el escritor mexicano Gabriel Zaid. En uno de los fragmentos más afinados de su popular ensayo “Organizados para no leer” (2015), el regiomontano menciona algunas de las dolencias de la escritura, la lectura y las publicaciones actuales; entre ellas, la siguiente:

Quando no había docenas de páginas culturales diarias, sino unos cuantos suplementos semanales, las mejores plumas hacían comentarios de libros, y los jóvenes talentosos se disputaban el privilegio de alternar con los consagrados, escribiendo reseñas mal pagadas en dinero, pero bien pagadas con abundantes libros que les permitían leer, leer, leer. Desgraciadamente, las mejores plumas consagradas y juveniles no se multiplicaron por veinte o treinta, cuando las páginas culturales se multiplicaron por veinte o treinta.

Y creo que la percepción de “veinte o treinta” ya resulta quedarse a gatas en una desmedida e irresponsable multiplicación de “escritores” que solo se han planteado decir las cosas sin ánimo alguno de comprenderse como escritores, pues creen que ya saben la lengua que les permite decir lo que quieren decir. El defecto ha radicado en que se asume que se conoce un idioma porque se habla en él, un entorno lo entiende, y no basta más. El pecado es que no se remedie ello con dosis continuas de lectura y de apropiación de los entresijos mismos de

la lengua. Muchos “escritores” han dejado eso para especialistas, como si fuera un oficio clínico. Escribir bien pasó a ser una forma de decir que alguien tiene una especialización en una actividad muerta.

Acercarse a Umberto Eco es rastrear esa pesquisa continua por un estilo. En ello logra dejar de ser un frío erudito, un humanista que pasa por la academia referenciando datos y conectando periodos de la historia, para convertirse en un verdadero escritor, luz en medio de tantas sombras.

Podría decirse que, creatividad aparte, muchos eruditos han sentido el impulso de contar historias y han lamentado ser incapaces de lograrlo, y que por eso los cajones de escritorio de muchos profesores universitarios están llenos de novelas malas inéditas. Pero con el paso de los años, yo pude satisfacer mi pasión secreta por la narrativa de dos formas distintas: primero, recurriendo a la narrativa oral, contando cuentos a mis hijos (de forma que me quedé desorientado cuando crecieron y pasaron de los cuentos de hadas a la música rock) y en segundo lugar, dando un tono narrativo a cada ensayo crítico (Eco, 2011).

La novedad de la narrativa es su rebelaría a desaparecer en medio de tanto arrume de textos que solo cumplen requisitos metodológicos, pero no humanistas. Umberto Eco logra fracturar el habitual ejercicio ensayístico de la academia para ponernos de frente en una orientación que, muchas veces, se da por descontada: la de echar un cuento. Se acerca, así, a las voces mayores del ensayo, se inscribe en una línea del pensamiento que no disocia la profundidad con la claridad. En ese trasegar, el



escritor italiano logró sentir que historias, personajes y tramas le palpitaban fuertemente en el pecho.

A muchos hombres les pasa esto, como a nuestros familiares que insisten en que tienen una muy buena historia que contar, pero a pocos se les dan las disposiciones para que ese juego narrativo surja y saque adelante una obra. La paciencia, el tiempo, la falta de estudio, la disonancia entre lo planeado y lo que el papel mismo puede ir imponiendo en el avance del camino, resultan cuestiones mínimas por las cuales muchos hombres se desaniman. Sin embargo, en el surgimiento de novelas como *El nombre de la rosa* (1980), *El péndulo de Foucault* (1988), *La isla del día de antes* (1994), *Baudolino* (2000), *La misteriosa llama de la reina Loana* (2004), *El cementerio de Praga* (2010) y *Número Cero* (2015) —que son, en definitiva, las siete novelas que dejó como

legado el autor italiano—, encontramos el modelo de un trabajo minucioso que consolidaba un compromiso filosófico por el esclarecimiento de las condiciones del lenguaje y la verdad, así como un proyecto existencial en el que Eco se sentía, sobre todo, como un contador de historias. También, por ello, ningún trabajo semiótico suyo se queda rezagado.

Ese trabajo de determinar las aventuras de unos personajes al interior de un número específico de páginas ha sido vital para conjugar en la vida de Eco la pasión por la inventiva y el gusto por la investigación humanística. A pesar de las insistentes condiciones de la academia por hacer que los elementos de la narrativa se mantengan al margen de la presentación de investigaciones y textos llamados o supuestos más serios que los divertimentos de un narrador, lo cierto es que la cosecha de Eco ha logrado

calar en el ánimo de quienes hoy buscan orientar sus pesquisas por medios menos ortodoxos como los literarios. En varios pasajes de su obra, el pensador italiano se ha referido a este hecho.

Cuando presenté mi tesis doctoral sobre la estética de Tomás de Aquino —un tema muy controvertido, ya que en esa época los estudiosos creían que no había reflexiones estéticas en el inmenso corpus de su obra—, uno de los examinadores me acusó de una especie de “falacia narrativa”. Dijo que un estudioso maduro, cuando se pone a investigar algo, avanza a base de pruebas y errores, proponiendo y rechazando diferentes hipótesis, pero que al final de ese proceso, se suponía que estas dudas estarían resueltas y el estudioso debería presentar solamente las conclusiones. Por el contrario —dijo—, yo presentaba la historia de mis indagaciones como si fuera una novela de detectives. La objeción llegó de forma amable, y el examinador me sugirió la idea fundamental de que todo hallazgo en el transcurso de la investigación debe ser “narrado” de esta forma. Todo libro científico debe ser una especie de historia policiaca, el relato de la búsqueda de algún Santo Grial. Y creo que eso es lo que he hecho desde entonces en todas mis obras académicas (2011).

Los modelos establecidos como “legales” en las condiciones de presentación de trabajos para alcanzar títulos académicos se quedan rezagados para comprender este tipo de actuaciones. En muchas universidades, los jóvenes que realizan sus estudios de pregrado deben dirigir su escritura a los cánones que pregonan una razón de ser de las investigaciones

así como unos protocolos que sustenten objetivos y conclusiones fijas. En ello no hay pecado alguno, pues es parte de lo que ha sido la idea de formación de nuestras universidades y las condiciones que, muchas veces gubernamentalmente, se alientan como espíritu de la ciencia. Sin embargo, bien sabemos que no todos están hechos para el mismo sistema.

Un asunto en maduración

En Colombia, para situarnos en nuestro caso regional, el problema ha llevado a que en las actividades que se desarrollan desde programas humanísticos (en áreas de lenguaje, filosofía y demás disciplinas del pensamiento), así como en las actividades artísticas, se suscite un descrédito de las exposiciones y textos alternativos. No se quiere demostrar nada, no se busca acentuar el hilo de un trabajo bajo las prescripciones de un método científico, lo que se quiere es plantear un trabajo particular que involucre la creatividad y la pasión por el arte, y ya por ello se da la conclusión de que no se están haciendo bien las cosas. Ahí han aparecido los reclamos.

Eco, por supuesto, ha sido el reflejo supremamente riguroso en el que coinciden las virtudes de una formación científica con el placer de una creatividad bullente. En algo se parece a tantos personajes a los que visitó a través de miles de libros; en algo se acerca a ese hombre ahora perdido que denominamos renacentista. Y, por ello, como modelo de actividad humanista, él refleja que las condiciones en las que se repara sobre lo que se hace en las facultades de humanidades no son del todo claras ni tampoco del todo justas. A la pregunta habitual sobre cómo evaluar las cosas por estas orillas de la formación,

las valoraciones han privilegiado solo un lado de los resultados. Solo recientemente se viene apelando a un esclarecimiento de este asunto de cuenta, por supuesto, de los reclamos que se han suscitado en las comunidades académicas de aquellas áreas mencionadas.

Es natural que todo ello lleve a nuevos problemas y a oscuras maneras de abordar lo que puede ser la actividad educativa, pero es justo ir haciendo los reparos y ajustes pertinentes para que los modelos se muestren vivos y los resultados mucho más provechosos para todos.

Asistimos, así, a un debate que ha conectado diversas opiniones y deseos sobre lo que debe privilegiar la educación actual. Para un buen número, resulta natural que se privilegien las formaciones en ciencia y en tecnología como parte de lo que hoy requiere el mundo y el desarrollo de países como el nuestro. Para otro tanto, estos privilegios traen el deterioro del planeta de cuenta de la deshumanización de la educación y del encuentro mismo con el otro y la naturaleza. Sé que en todo ello debe haber errores y prejuicios de todo tipo. Cuando así se habla, es como si se nos dijera de inmediato que la ecuanimidad tiende a desaparecer y que el equilibrio en nuestras formaciones queda como un resabio de épocas remotas.

No hay que ir muy lejos para saber que las humanidades de hoy presentan dolencias legítimas de cuenta de su mismo desgaste. Sin embargo, el desamparo de los entes gubernamentales que las deben sustentar no puede ser pregonado como la opción educativa de nuestro tiempo. Tampoco se debe llegar al otro extremo, una línea en la que todo lo que se produzca bajo el formato de “humanístico” tiene la rúbrica de saber, porque de cuenta de ello solo se ha aumentado el gasto innecesario de papel y la co-

rrupción en muchos de los estamentos de investigación universitaria.

Son asuntos delicados en los que resulta tortuoso llamar a la sensatez: son ríos revueltos en los que circulan todo tipo de intenciones y de intereses (creados y por crear). Sabemos que algo falla, pero muchas veces los remedios pueden terminar siendo peores que las enfermedades. Uno de los grandes problemas ha sido que ninguna institución que se perfile como rectora de los lineamientos de la educación reciente en Colombia ha sabido llamar a las verdaderas conciliaciones. La posición, la mayoría de las veces, es abiertamente ingenua. ¿O aparentemente ingenua?

Como le ocurrió a Eco con la presentación de sus documentos, desde las reglamentaciones que perfilan el saber, la formación y la investigación del siglo veintiuno, lo que ha habido es una fuerte disposición metódica a hacer que los parámetros de la investigación de corte científica sean los patrones que cubran todo lo demás, incluidas las ciencias sociales. Sin embargo, como problema conexo está el hecho de que no se sabe realmente como valorar otros tipos de producción y que cuando se le ha lanzado la pelota a los humanistas para resolver el embrollo de sus propias evaluaciones —que es lo que se ha acostumbrado hacer como fórmula para resolver el inconveniente—, estos no logran ponerse tampoco de acuerdo.

Sabemos que las necesidades de formación en ciencia y tecnología son imperiosas; sabemos que a nuestros países los subyuga y esclaviza el déficit notorio de formación en matemáticas, química, física, las ciencias llamadas duras, mientras que por otro lado sorprende cada vez más el número de egresados de ciencias blandas en las que se traduce un terror a

la formación en matemáticas y ecuaciones como si se tratara del mismo diablo. Este fenómeno también ha llevado a que comiencen a pulular especializaciones, maestrías y doctorados en ciencias sociales y que escaseen hasta los candidatos para hacerse un lugar en el mundo de las ciencias exactas. Y en ello también hay un peligro. Los desajustes corren parejos por todos lados y cada cual va labrando su propio lugar a fuerza de sentir que en cualquier momento todo puede desvanecerse. Si nos ponemos a la tarea de requerir un especialista para un problema médico determinado o para un trabajo de pericia en astrofísica o química, tenemos problemas: si aparece uno se gana. Pero si nos ponemos a la tarea de buscar un psicólogo o un sociólogo, cada día aumentan las filas.

La interpretación misma de la cultura actual debe ajustarse a la admiración misma que se puede profesar por el hombre de ciencia como por el gran novelista. Y en la reinención de este modelo, Umberto Eco se ha prestado para hallar respuestas sobre lo que puede ser la visión misma de las humanidades: tesón, pasión por la indagación histórica, reinención continua de lo que se es a partir del encuentro con los clásicos y los modernos, diálogo continuo con otras voces y otras corrientes del pensamiento, un tipo de investigación cuya fortaleza es el mismo amor por redescubrir el mundo a través de los libros y los textos, y una comunicación de apertura en la saludable presentación de la escritura. No oscuridad, sino luz para más y nuevos intérpretes de lo que cada época y sociedad puede ser.

Retornar al buen oficio

Si el empeño de programas como los de Comunicación Social y Periodismo

radica en sostener la mirada sobre lo humano y perfilar profesionales que, en medio de las coyunturas, respalden con su formación que pueden ayudar en algo a reconstruir sociedades y generar impactos provechosos con sus trabajos, entonces hay que replantear tanto el papel de la lectura como el de la escritura en nuestros pasillos y aulas. No se trata de un asunto menor, pues de confiados ya viene ocurriendo que hasta los muchachos carecen de competencias básicas en redacción y expresión oral que evidencien que, por lo menos, son bachilleres.

En ello, no creo que haya que hacerse el desentendido ante lo que pueden ser los modelos de formación científica. A nuestra manera, los muchachos pueden ser muy poderosos con sus talentos, lo que habría que legitimar es que también sus procesos estén tocados por la profundidad y la disciplina suficientes como para que se conviertan en engranajes oportunos para las sociedades que hoy tanto reclaman de las humanidades. Y hay que partir de algún lugar. Ese lugar puede ser el de la escritura.

Cada libro de Eco, entre novelas y ensayos, es una ejemplar disposición para el ánimo de quien se forma en humanidades. Antes de escribir no solo hay que sacarle punta al lápiz o calentar la muñeca, hay que disponer la mente y la libreta de apuntes para un derrotero en el que las cosas funcionen como un buen plato de conocimiento y conversación con quienes serán nuestros lectores.

No me cuento entre los malos escritores que dicen que solo escriben para sí mismos. Lo único que los escritores escriben para sí mismos son las listas de la compra, que les ayudan a recordar lo que tienen que comprar y pueden tirar después. Todo el resto, incluidas las

listas de la lavandería, son mensajes dirigidos a alguien. No son monólogos; son diálogos (Eco, 2011).

Conciencia de la escritura sería una de las condiciones fundamentales para replantear nuestra formación. La receta también involucra que sepamos distanciarnos del ruido habitual de nuestra mente y del ruido creciente de nuestras ciudades. Un acercamiento consciente a la escritura involucra la conciencia de lo que se tiene en la cabeza. Si no se tiene nada, es mejor callar hasta ir atando mejor el lugar adecuado de las reflexiones. Pero para comenzar a tener algo hay que leer.

¿Qué leer?, preguntan muchas veces los muchachos; me pregunto muchas veces yo mismo. Hay que leer, primero, lo que logre ayudarnos a conectar nuestras mentes con las palabras y el lenguaje. Después de ello, hay que aventurarse a leer de todo, a comprender nuevas lenguas, a explorar el origen de nuestras palabras, las condiciones de nuestras gramáticas orales y escritas, las gramáticas mismas de la creación. A mi juicio, toda una aventura.

Hay que preguntarse cosas e interesarse por resolverlas. En los libros de Eco hay sugerencias siempre confiables para hacerlo con los fenómenos de la lingüística y de la filosofía (también, ya lo hemos dicho, de la filología). Incluso, como en su libro sobre religión, hay intentos de responder, en diálogos, preguntas espirituales, como ¿En qué creen los que no creen? (Eco, 1996), uno de los primeros libros que tuve entre mis manos del pensador italiano.

La ejecución misma de la pregunta es como la del enamorado ante la negativa de su amada: una intriga acerca de lo que somos tanto nosotros mismos como los demás. Pero esos cuestionamientos

tienen que ser indagados con ese mismo poder de la intriga.

Si ya nos ha advertido el autor italiano que en sus trabajos siempre ha pensado en las fórmulas que puedan llevar por un buen cauce narrativo lo que quiere presentar, entonces estamos advertidos de que sus textos son todos modelos para narrar. Narrar lo que puede ser verificado, por un lado; narrar lo que surge como juego de la imaginación en el placer mismo de las ficciones, por otro.

Uno de los asuntos que muchos estudiantes de narrativas (en el periodismo, en la filosofía, en la historia, y en general en la formación en humanidades) tienen pendiente es la comprensión de las técnicas para asumir la construcción de sus textos. Tarde, cuando ya han pasado la presentación de sus trabajos, reconocen que pudieron haber escrito mejor y haber hecho que el encuentro con el papel en blanco hubiera sido, por lo menos, un poco más placentero. Escribir, para muchos, duele más de lo que es justo. Pero el problema pasa porque no se sabe aún dimensionar que todo trabajo, sin importar su horizonte reflexivo o las temáticas adustas que pueda presentar, puede tener una arquitectura narrativa.

Así como muchos hablan y convencen, así como logran fascinarnos los oradores que se han preparado para hacer buenas presentaciones de sus temas, así como se nos va el tiempo y se nos hace corto en las conversaciones con personas que han educado sus modos y hasta el manejo de las palabras, también debe hacerse visible que un texto logra mejor forma en la medida de que quien lo escriba comprenda mejor cómo sostener un estilo, cómo guiar a un lector por los pasos que se le quieren brindar.

Para ello, hay que desnudar la escritura, no solo sentir sino estudiar las técnicas por las cuales novelas y cuentos de todo el mundo logran hacernos sentir lo que quieren hacernos sentir. No hay que llamarse a engaños ni endulzar este cuento: se trata, en definitiva, de comprender los engranajes mismos de la manipulación. Ya no se trata de contar algo; se trata, ahora, de entender cómo contar algo. Las páginas se convierten en el soporte mismo de caracteres, personalidades, tramas, como si fueran todo lo que una ciudad oculta en sus entrañas. Asimismo, el escritor debe reconocer cuáles son las fronteras que cruza, hasta dónde llega lo que tiene hechos verificables en el fondo y lo que está amparado, simplemente, por un chispazo de la inspiración. También debe saberse cuáles son las limitaciones temporales, espaciales, universales que los trazos de cada párrafo pueden reservarse u ostentar. A mi juicio, es este el trabajo que hace que la escritura funcione, porque en la medida en que se pueda conocer mejor el mundo que se quiera retratar (real o imaginario) fluye con mejor ritmo el río de las palabras.

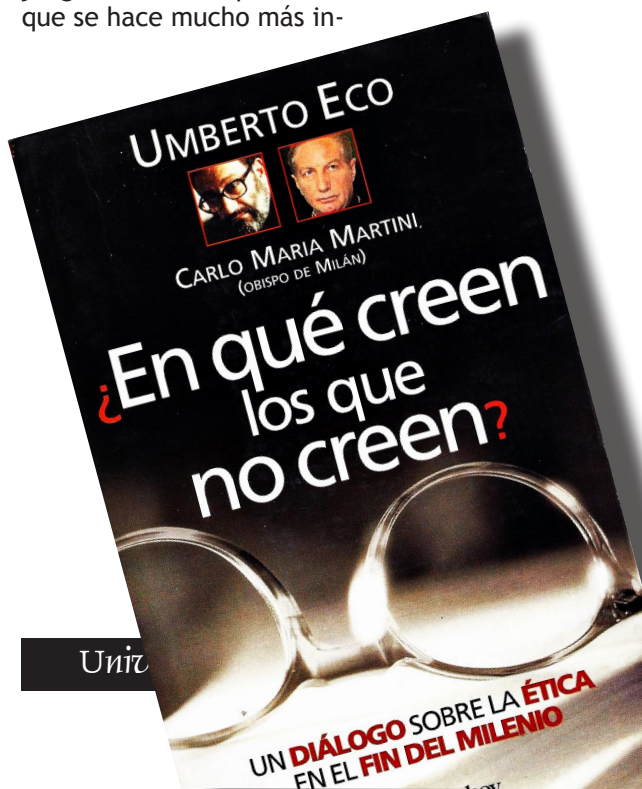
La narrativa —dice Umberto Eco— está gobernada por la norma latina “Rem tene, verba sequentur” (“Al dominar el tema, las palabras vendrán solas”), mientras que en poesía, deberíamos cambiarla por “Si dominas las palabras, el tema vendrá solo (2011).

La insistencia en observar más, leer más, enfrentarse con la página para poner al desnudo la palabra es una invocación narrativa. El viejo mito de la inspiración, de la visita sagrada de una bella musa que insufla a los escritores lo que deben decir, es simplemente eso, un mito que ha servido para diagnosticar una inme-

recida reverencia a la espontaneidad. Nadie puede decir que sea un trabajo sencillo, pero nadie tampoco va a hacer alguna página por ti.

La organización delicada, meticulosa; el desplazamiento continuo de supuestos como aquel de la inspiración; el acercamiento a obras en las que se puedan observar verdaderos modelos de trabajo y claridad argumentativa y narrativa son aquí las piedras angulares de la fundamentación de una escritura que, como crece en disciplina, se hace un placer.

A medida que se avanza con los pies en dos caminos (la lectura y la escritura), se va reconociendo con mayor empeño que lo que se creía inconsciente, casi divino, es mucho más humano de lo que se pensaba. Las figuras literarias se van acercando al escritorio como si se tratase de un cajón que se va llenando de herramientas. Los recursos técnicos, las manipulaciones del tiempo. Lo que se dice, lo que se calla; todo entra en juego con una disposición metódica que se hace mucho más in-



quietante cuando la vemos reformulada en otras artes, como en el teatro, el performance y el cine.

La distancia que se toma de allí a lo que se puede hacer en la academia con los obtusos recursos de calificación de textos, hace que las valoraciones y los descritos en los que pueden caer muchos autores terminen siendo, por qué no, sus mejores premios. Como cuando, en una anécdota célebre, una institutriz que llegó a ser Secretaria de Educación de Caldas dijo que si Gabriel García Márquez se presentaba a concurso para ser profesor de Español y Literatura, no podría ser tenido como tal pues carecía de los requisitos exigidos para cumplir ese papel en escuelas o colegios.

Este, y seguro muchos más casos, evidencian nuestra propia ceguera. La escritura ha dejado de ser un placer en la academia y se ha convertido también en la fiel cumplidora de requisitos. Asistir a exposiciones y lecturas de trabajos académicos no puede ser menos triste: se cumplen los requisitos y por ello se aplaude.

Lo que quiero es que se sea consciente de que hay una normatividad que se queda corta y que alienta, sencillamente, un tipo de escritura, y no la de mejor calidad. Lo que me interesa es que, quien tome la escritura como parte de su incursión en el mundo actual, active la conciencia de que allí mismo surge un espacio para cultivarse como ser humano, como comunicador de ideas, como portavoz de la historia misma de la lengua en la que nos hacemos diariamente.

El fallecimiento de Umberto Eco despierta en mi mente reflexiones que van atadas a esas exploraciones que hicieron del autor italiano uno de esos seres que, por fortuna, se percataron a tiempo de que podían dar mucho más aliento a lo que decían en la comprensión de sí mismos, sus pasiones y sus historias. Si en ello logramos rehacerlos en nuestros modelos de escritura académica y en las dimensiones mismas en las que nos reconocemos como humanistas, entonces hacemos que una vida, el relato de una historia personal, se convierta en provechosa reformulación para nosotros y nuestros estudiantes.

Referencias

- Eco, U. (1980). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Delbolsillo.
- Eco, U. (1988). *El péndulo de Foucault*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1994). *La isla del día antes*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1996). *En que creen los que no creen. Un dialogo sobre la ética en el fin del milenio*. Buenos Aires: Atlantide.
- Eco, U. (2000). *Bandolino*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (2004). *La misteriosa llama de la reina Loama*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (2010). *El cementerio de Praga*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (2011). *Confesiones de un joven novelista*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (2015). *Número Cero*. Barcelona: Lumen.
- Zaid, G. (2015). Organizados para no leer. *Revista de Economía Institucional*. Bogotá. Vol. 17, Nro. 32, pp. 377-383.